

## Abro los ojos

Abro los ojos. La lente desenfocada de mi vista barrunta una blanca cofia de enfermera, que se acerca a mi cara en actitud maternal, como cuando una madre aproxima su cabeza a la cara de su hijo, que yace boca arriba sobre la cuna. Comienzo a recuperar la consciencia. Descubro quien soy yo, donde estoy, porque estoy allí. La dura realidad vuelve a ocupar no un mullido sofá, sino una torturadora silla eléctrica, que es sobre la que descansa mi vida. Cierro los ojos. Lo último que mis ojos discernen es la cofia de una enfermera que me acerca una máscara de oxígeno mientras el anestesista me pincha en una fina vena de mi mano. Entre el cerrar de mis ojos y el abrirlos hay un tiempo, un espacio sobre los que se intenta poner luz entre tanta oscuridad. Mis muertas neuronas, que agonizan porque no soportan tanto sufrimiento, comienzan a desperezarse. Son las mismas que me hacen a veces ser tan torpe, pero también son las que me posibilitan poder ver la vida y su significado, puesto que el sufrimiento es una puerta en forma de Cruz que, al abrirla, encontramos la sabiduría.